

A black and white close-up photograph of a woman's face, split vertically down the middle. The left side of her face is in deep shadow, while the right side is brightly lit, highlighting her features. She has long, dark hair and is looking directly at the camera with a serious expression.

**Marta Robles**  
**La mala suerte**

MARTA ROBLES

LA MALA SUERTE



ESPASA  NARRATIVA

© Marta Robles, 2018  
© Espasa Libros S. L. U., 2018

Diseño de cubierta: © Planeta Arte & Diseño  
Imagen de cubierta: © Kevin Vanderberghe\_GettyImages

Por la reproducción haikus de Mario Benedetti,  
© Fundación Mario Benedetti  
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria  
www.schavelzongraham.com  
Por el fragmento de «Hazel Love», de Vicente Ramírez Martínez  
© 2017, Vicente Martínez Marco Editor  
Por la cita de *Berta Isla*, de Javier Marías  
© cortesía de Javier Marías y Casanovas & Lynch Literary Agency S.L.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B.17.590-2018  
ISBN: 978-84-670-5266-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España/Printed in Spain  
Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros S. L. U.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

# 1

## LA NOCHE DE LAS CIGARRAS

*31 de julio de 2015*

Nunca se sabe cuándo un día puede ser diferente a los demás y cambiarlo todo. El reloj del iPhone de Lucía Peña marcaba las tres de la madrugada. No era demasiado tarde para una noche de verano. Sabía que sus amigos permanecerían de fiesta hasta que saliera el sol, pero ella estaba agotada y prefería marcharse. Llevaba tres días acostándose al amanecer, fumando sin parar, bebiendo mucho y durmiendo muy poco. Era mejor irse. Sin decir adiós. Y, de paso, librarse de una vez de ese plasta insoportable empeñado en toquetearla desde que la recogiera a las nueve y media de la noche en Costa de los Pinos. Qué error aceptar ir con él a Cala Ratjada. Debía de creerse que eso le confería algún derecho. Por suerte, accedió a devolverla a su casa al pedírselo, sin reclamarle nada más. Así que podía darse por satisfecha. O eso creía hasta que...

—¿Pero qué haces? —preguntó, dando un respingo en el asiento mientras retiraba la mano que avanzaba por su muslo hacia su sexo, por debajo de la cortísima falda de su minivestido—. ¡Te he dicho que no! ¿No me has oído? ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo para que lo entiendas...?

El chaval frenó en seco y detuvo el coche en mitad de la carretera.

—Bájate —ordenó con frialdad—. Ya estoy harto.

—¿Cómo dices? —preguntó ella incrédula.

—Que-te-ba-jes-del-co-che —repitió él, sin mirarla y pronunciando cada sílaba con extremada lentitud—. ¿Acaso eres tú ahora quien no entiende?

En cuanto Lucía descendió del vehículo y cerró la puerta, el chico desapareció a gran velocidad. Ella no se asustó. Tampoco estaba tan lejos de casa. A un kilómetro todo lo más. Y aquella zona era muy tranquila. Mucho mejor caminar sola que aguantar que aquel imbécil intentara meterle mano por enésima vez. Estaba algo mareada. Los chupitos siempre la dejaban K.O. Si se empeñaba en beberse los era para no ser menos que sus amigas, capaces de empapuzarse de cualquier líquido de alto octanaje. Gasolina, si se daba el caso. La tenue luz de una luna, afortunadamente llena, apenas rompía la oscuridad del camino; pero ¿y qué? A ella nunca le atemorizó la oscuridad. El recuerdo de sus peores escenas vividas siempre le llegaba perfectamente iluminado por los halógenos del enorme salón de la casa familiar de La Moraleja, ahora más que destartado. Ese era el lugar que solían elegir sus padres, de casados, para decirse lo que se les pasara por la cabeza. Cualquier cosa. Cualquier barbaridad afilada como un cuchillo y que doliera tanto como una puñalada. En el catálogo de horrores que escogían para lanzarse a la cara en sus reiteradas discusiones siempre aparecían ellos: Lucía y Carlos. Los dos hijos del matrimonio. Ella, Lucía, la mayor, ahora con dieciocho años recién cumplidos y una sonrisa permanente en los labios, y el irritante Carlitos, cuatro años menor, siempre ajeno a todo y pegado a la pantalla de la Play, sin atender a nada que no fueran los movimientos de los personajes de los videojuegos. No parecían hermanos ni por el carácter ni por el físico. Lucía tenía los ojos azules, líquidos, casi transparentes, la piel de alabastro imposible

de dorar al sol y una melena de diosa mitológica con mechones infinitos y ondas suaves, en la que se entreveraban un rubio dorado, del color de la miel de romero, y otro mucho más claro, casi blanco. Su hermano era moreno, de piel oscura y ojos negros. Ni la pupila se le distinguía. El chico se parecía a su padre. Y ella... no se parecía a nadie. Su madre, rubia también, pero de mentira, y de ojos achinados color avellana, hablaba de una bisabuela en su Chile natal... Algo de eso sería, por parte materna, y algo habría también en la paterna, si se hacía caso a Mendel. Sin antecedentes de ojos azules y pelo rubio en ambos progenitores sería imposible que ella los tuviera, así que... Dejó de pensar en su familia por un momento. A los misteriosos ruidos de la noche se unió el del motor de un automóvil que se acercaba despacio. Debía de haberla visto. Se giró por si era alguien conocido.

—Eh, belleza, ¿te llevamos a alguna parte?

La chica echó un vistazo al interior del vehículo. Tres chicos solos. Se fijó en el brazo del conductor, que asomaba por la ventanilla, tatuado con el dibujo de... ¿un demonio? Tal vez Hades... Un malvado, en todo caso. A Lucía le gustaban los tatuajes, incluso los oscuros e inquietantes, pero aquel no le resultó tranquilizador. Y menos en mitad de la noche... Aunque le parecía familiar. ¿Lo había visto antes?

—Vamos —insistió el propietario del brazo tatuado—, súbete y antes de dejarte en casa nos tomamos la última en el David. Seguro que tú vives por allí, ¿a que sí?

Lucía no respondió a la pregunta. No se fiaba y no quiso dar pistas.

—Gracias, prefiero caminar. No tengo prisa... —dijo sin dejar de hacerlo a buen ritmo.

—Son las tres de la mañana. No es hora para que una chica tan guapa pasee sola por la carretera...

Lucía se inquietó, pero disimuló la zozobra con una sonrisa.

—Gracias otra vez —rechazó sin detenerse—. Me conozco bien esta zona y el camino. Aquí nunca pasa nada... —pronunció la última frase con cierto vértigo en el estómago, al tiempo que cogía su móvil y escribía un WhatsApp como si haciéndolo estuviera más protegida: «Virginia, tengo un coche pegado al culo, con tres pavos dentro... Me está entrando un canguis que no veas...».

—Como quieras —zanjó el chico tatuado antes de pisar el acelerador a fondo e irse dejando un ruido monstruoso tras de sí.

La chica se relajó un poco. Por un momento creyó que... Continuó caminando. Hacía mucho calor. Las cigarras cantaban pese a no ser su hora y era tal la humedad que tenía la piel cubierta de perlas de sudor. Se sacudió un poco la pesada melena y la notó húmeda. En cuanto llegara a casa, pondría el aire acondicionado a tope, si es que funcionaba. También la casa de Mallorca estaba hecha un desastre. Desde la separación de sus padres, cuatro años atrás, el odio y las continuas disputas y revanchas entre ellos repercutían en la vida cotidiana de los hermanos. No le hubiera importado alejarse de todos, largarse a un lugar remoto y mandar a la familia a la mierda. A punto estuvo de hacerlo justo después de que pasara lo que pasó, también en el bien iluminado salón de su casa. Por suerte, desde entonces hasta ahora, todo había cambiado. Al menos ella había cambiado. Se sentía mejor. Casi bien. Aunque tuviera que aguantar a Carlos espiándola constantemente para informar a su padre y a sus padres utilizándolos a ella y a su hermano como armas arrojadizas en su guerra particular.

De nuevo se aproximaba un automóvil. «Esto está más transitado a esta hora de lo que imaginaba», pensó Lucía.

El vehículo circulaba despacio. Al acercarse un poco más a ella, reconoció al conductor.

—Pero ¿qué haces aquí? —preguntó entre la sorpresa y la alegría—. ¡No te esperaba!

—Bueno —respondió él—, pasé por Cala Ratjada y alguien me dijo que te llevaban a casa. Me sorprendió que quisieras irte tan pronto. Supuse que pasaba algo y... aquí estoy. Anda sube.

La chica se montó en el coche sin dudar.



## 2

### ¿DÓNDE ESTÁ LUCÍA?

Amanda se levantó por la mañana con cierta resaca. Se había ventilado ella solita dos botellas de vino blanco, pero ¿qué otra cosa podía hacer en aquel lugar lleno de familias perfectas, con sus hijos perfectos sin un solo espacio en el que conocer a alguien o tomar una copa? Años atrás, cuando su marido y ella aún eran una pareja feliz a ojos de todos, la cosa era distinta. Se pasaba el día de casa en casa y de fiesta en fiesta... Desde la separación estaba muy sola. Y la soledad pesaba. No cabía duda de que aquellos matrimonios que tanto le bailaban el agua en otros tiempos eran amigos de su marido, pero no suyos, aunque un día lo creyera... Por si fuera poco, la casa, antes impoluta, ahora estaba destruida. Tenía el césped descuidado, la piscina turbia, las paredes de las habitaciones desnudas, los colgadores de las cortinas oxidados, los muebles destrozados y polvorientos... El paraíso de antaño ahora era un rincón inhóspito al que ella regresaba por imposición de sus hijos, que tenían allí amigos de toda la vida y algunos primos. Pero ella siempre estaba sola. Cualquiera se atrevía a aparecer con el acompañante de turno. Porque había habido alguno desde la separación, e incluso antes; pero no los hubiera expuesto jamás a la mirada escrutadora de todas aquellas familias felices... ¿Cómo era eso que se decía al principio de *Ana Karenina*? «Todas las familias felices se parecen unas a otras; pero todas las infelices lo son cada

una a su manera». La suya no había sido feliz nunca. Su manera específica para vivir en la infelicidad era la de tantos matrimonios: la falta de amor desde el principio. No por su parte, sino por la de él, que se casó con ella sin quererla. «Mientras estaba en la cama contigo, pensaba en otra», le dijo tras la noche nupcial. Ella, con veintiún años, un matrimonio recién estrenado, un amor devoto y la familia en Chile, no supo qué responder. O qué preguntar. Porque, si no la quería, ¿para qué se había casado con ella, si no tenía nada que ofrecerle?

Veinticinco años después, aún desconocía la respuesta.

Miró por la ventana de la casa, bien situada, aunque no en primera línea como las de los más afortunados, y se dejó conquistar por el brillo del mar durante un momento. Luego se cubrió con un viejo batín de seda estropeado por la humedad y se dirigió a la cocina para prepararse un reconfortante café. En el sofá de la casa, frente a una pequeña pantalla de televisión, dormido, estaba Carlitos. Su hijo. Debió de quedarse jugando a la Play al volver del puerto, donde se reunían los adolescentes por la noche, y acabó vencido por el sueño allí mismo. Intentó no despertarlo, pero la torpeza del vino de más de la noche anterior la hizo tropezarse y golpearse a continuación contra la puerta de la cocina.

—¿Has vuelto a beber, mamá? —dijo el chico tras alzar la cabeza como un periscopio y ver cómo su madre se restregaba la frente con la palma de la mano para mitigar el dolor después del choque.

—No, Carlos —mintió ella—. Ni una gota, te lo juro. Lo que pasa es que aún estoy medio dormida...

—Pues son las doce de la mañana...

—Bueno, también estabas dormido tú y, por lo que se ve, tu hermana... Ve a su cuarto a despertarla y desayunemos todos como una familia, ¿quieres?

—¿Y qué vamos a desayunar, mamá? La nevera está vacía...

—Pues cojo el coche y me acerco al Spar en un momento...

—En el súper tenemos una cuenta que no veas. Un día de estos nos van a decir que ya no nos fían...

Su madre, superada por la situación, no aguantó más y estalló.

—¡Pues díselo a tu padre! —gritó sin poder controlarse—. ¡No ves que cada vez me pasa menos dinero! ¡Quiere ahogarme! ¡Que os vayáis con él! ¡Que me dejéis sola! ¡Que me muera de hambre y de asco...! —Amanda se colocó ambas manos sobre la cabeza. Parecía que le fuera a reventar. Respiró profundamente, intentó tranquilizarse y añadió en un tono más mesurado—: Anda, hijo, ve a despertar a Lucía. Por favor. Y nos vamos a desayunar a casa de Pedro...

—¿Pedro? —preguntó él—. ¿Ese nuevo novio que te has echado? Yo no voy.

—Por Dios, Carlos, no me exasperes. Es un amigo. Nada más. ¿Tampoco te parece bien que tenga amigos?

Pronunció las últimas frases casi en un deliberado susurro. Los gritos no le ayudaban nada a paliar el intenso dolor de cabeza habitual tras una noche de solitaria borrachera. Y, además, no quería volver a discutir con su hijo, al que sabía que, en los últimos tiempos, su padre había convertido en una especie de policía delator al que le pedía que estuviera al tanto de todos sus actos.

Un manipulador, eso era el cabrón de Javier. Pero si se creía que iba a acabar con ella con la presión del dinero y de los niños, estaba muy equivocado. De momento, los chicos estaban a su lado por mucho que él se empeñara en lo contrario. Y conseguiría más cosas. Seguro. Era cuestión de armarse de paciencia y de que él no la pillase en ninguna nueva falta.

—Despierta a tu hermana, hijo —pidió su madre intentando esbozar una sonrisa—. Y pasemos un buen día hoy todos juntos. Por favor.

Carlos obedeció a su madre y se dirigió con cara de pocos amigos al cuarto de su hermana. La enchufada de ella, dormía en la mejor habitación de la casa, la del baño dentro. Ni siquiera la de sus padres, que ahora ocupaba solo su madre, lo tenía; pero la de Lucía sí, claro, cómo no. Se notaba que era la preferida de mamá... Abrió la puerta del dormitorio sin llamar, gritando su nombre.

—Lucíaaaaaa, tíaaaaa, despierta de una vez, que son las doce y nos vamos a desayunar con mamá...

Nadie contestó.

Había tanta ropa sobre la cama de su hermana que Carlos no acertaba a ver si estaba dormida bajo aquel follón de trapos, así que decidió revolverlos por si acaso.

—Lucía, joder, ¿dónde estás? —preguntó, tanteando la ropa.

Tampoco hubo respuesta.

La cama, bajo todo aquel desorden, estaba perfectamente hecha. No parecía que nadie hubiera dormido en ella; aunque ahora que nadie venía a limpiar, los hermanos preferían no meterse entre las sábanas con tal de no tener que arreglarlas después... Carlos miró al lado de la cama por si hubiese llegado con varias copas de más y se hubiera caído, pero tampoco la encontró. Lucía no parecía estar en ninguna parte de la habitación, así que seguro que había pasado al baño. El chico abrió la puerta y entró gritando de nuevo el nombre de su hermana.

—Lucíaaaaaa, tíaaaaa...

Silencio.

Carlos revisó el cuarto de baño de arriba abajo: abrió el armario de los albornoces, descorrió la cortina de la ducha, miró detrás de la puerta... Estaba vacío.

Salió en busca de su madre, corriendo, asustado. Era muy raro que Lucía no estuviera allí. Y él no se llevaba bien con su hermana, pero... era su hermana. Por un momento pensó que igual se había marchado. Sin decirle nada a nadie; pero luego recapacitó. No. Lucía no era así.

Y menos después de «aquello»... ¿O sí? Un escalofrío le recorrió la columna. Estuvo apenas un instante sin moverse y luego echó a correr hacia el cuarto de su madre.

—¡Lucía no está, mamá! —dijo, golpeando nerviosamente con los nudillos en la puerta del baño de su madre.

Amanda abrió de inmediato.

—Pero ¿qué estás diciendo, hijo? —preguntó alarmada—. ¿Cómo no va a estar? ¡No puede ser!

—No está, mamá, te lo juro —insistió el chico con la voz temblorosa.

La mujer corrió al cuarto de su hija, gritando su nombre.

—Lucíaaaaa, Lucíaaaaa, no me hagas bromas, cariño. ¿Dónde estás?

Aunque Amanda, desesperada, revolvía los montones de ropa, los tiraba al suelo, abría y cerraba la puerta del baño, miraba en los armarios y no cesaba de repetir el nombre de su hija, estaba claro que Lucía no estaba allí.

—No está, Carlos —dijo, abrazándose al chico con los ojos húmedos y una visible inquietud.

El niño tardó unos minutos en contestar. Él también estaba angustiado, pero sabía que su madre lo estaba aún más y que le tocaba consolarla.

—No te preocupes, mamá, seguro que se ha quedado a dormir en casa de alguien...

Ambos sabían que no. A Lucía le gustaba salir, entrar, pero no dormir fuera de casa... Además, después de «aquello» que hizo que sus vidas saltaran por los aires y de alguna manera fue el detonante de la separación de sus padres, era mucho más estricta en su comportamiento. Sobre todo, porque no podía evitar un sentimiento de responsabilidad, de culpa, de creerse la responsable de haber llevado a su familia al precipicio. Aunque, tal vez por eso..., ¿podría Lucía haberse ido para alejarse de aquel infierno invivible en el que sus padres habían convertido la vida de los dos hermanos?

—¿Has mirado tu móvil, mamá? ¿Tienes algún WhatsApp suyo? —preguntó el niño.

Amanda sacó el teléfono mientras él lo hacía también. En ninguno de los dos aparatos había noticia alguna de Lucía.

—Llamemos a sus amigos —propuso el chico.

—Solo tengo el número de Marina... —balbuceó Amanda, sollozando como una niña, al tiempo que buscaba el teléfono de la amiga de su hija en la agenda del suyo y lo marcaba.

—Marina, soy la madre de Lucía. No ha pasado la noche en casa. ¿Está contigo? ¿Sabes dónde está?